

La Iglesia al Servicio de las Personas Ancianas Enfermas



Acompañamiento Espiritual y Pastoral en el Área Local
Mons. Roberto Juan González Raeta

**XXVIIIª Conferencia Internacional del
Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios**

**La Iglesia al Servicio de las Personas Ancianas Enfermas:
Cuidado de Personas con Patologías Neurodegenerativas**

Acompañamiento Espiritual y Pastoral en el Área Local

“Que nadie sufra solo”

El tema que deseo compartir con ustedes, es la actividad desarrollada para el acompañamiento y el consuelo a los enfermos desde más de 25 años en la Diócesis de Lomas de Zamora, en Buenos Aires, Argentina.

Todos sabemos –como dice Paul Claudel– que *“Dios no ha venido a suprimir el sufrimiento. Ni siquiera a explicarlo. Ha venido a llenarlo de su presencia”*. A esto nos llama Jesús, a ir – como nos pide el Papa– hacia esa periferia existencial del dolor que son los Hospitales Públicos, que deben ocupar un lugar de privilegio en el corazón de nuestras comunidades.

El Señor, en su vida pública, generó un intenso dinamismo de comunión con el sufriente, mediante el contacto con el enfermo –Él los tocó–, incluidos los leprosos que eran los más excluidos.

Quien quiera comprender correctamente la relación entre la caridad y la dedicación al cuidado de los enfermos, debe entender este momento, esta inflexión en la historia de la humanidad que es Jesús, quien en su ministerio dedicaba mucha atención y mucho tiempo a los enfermos.¹

En los hospitales de mi país, cuya atención es gratuita, se asiste a los más pobres. Algunos verdaderamente marginados, a los que se los denomina *“sociales”*, especialmente hombres mayores y ancianos. Ellos nos presentan el desafío de asistirlos y acompañarlos en su enfermedad y soledad. Esta es la

¹ Cfr. Lc. 4, 40; Mt. 9, 35.

exigencia de nuestra hora que debe ser una *“hora nueva”*², que nos pide creatividad, pues *“ésta es la hora –nos decía Juan Pablo II– de una nueva imaginación de la caridad”*³, para que cada pobre se sienta parte de la familia de Dios, ya que *“la Iglesia quiere ser de todos, especialmente de los pobres”*⁴.

Hoy más que nunca la Pastoral de la Salud y de la Vida debe ser prioritaria, especialmente en las preocupaciones de los pastores⁵.

Hace tiempo nos propusimos un lema que expresa el objetivo de nuestra tarea: ***“Que nadie sufra solo”***. Es exigente y comprometedor, por eso se les pide, a todos los que se sienten convocados por el Espíritu de Dios a esta tarea, dedicación y entrega a los hermanos que, en su enfermedad, sufrimiento y dolor, hacen presente a Jesucristo, el Hermano Mayor, *“Varón de dolores”*, entre nosotros.

Este Señor nos pide que peregrinemos hacia el enfermo, a la manera de Jesús: comprendiendo, escuchando y sobre todo consolando para que sientan la caricia de Dios, para que los enfermos recuperen la esperanza muchas veces perdida.

El voluntariado, testimonio de que Dios es *“rico en misericordia”*
(Ef. 2, 4)

“Bendito sea Dios Padre, y su Hijo Unigénito, y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de nosotros”.⁶

Desde antiguo el pueblo de Israel tuvo una profunda experiencia de la misericordia divina. El Pueblo de Dios imploraba misericordia no sólo ante el mal moral o pecado sino también cuando se veía afligido por el mal físico. Así lo hizo David con la conciencia de la gravedad de su culpa, y así lo hizo Job en medio de su tremenda desventura.⁷

En *“la plenitud de los tiempos”*, Dios Padre quiso revelar su misericordia como nunca antes lo había hecho ni lo hará jamás.

² Mons. G. B. Montini, Mensaje en el ingreso a la Arquidiócesis de Milán, 1955.

³ Novo Milenio Ineunte, 50.

⁴ Juan XXIII, Radiomensaje. “Ecclesia Christi”, 3.

⁵ Pastores Gregis, 71.

⁶ Misa de la solemnidad de la Sma. Trinidad. Antífona de entrada.

⁷ Cfr. Dives in Misericordia III, 4.

Desde entonces, la misericordia divina resplandece en un rostro concreto Jesucristo. Jesús de Nazaret “no sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas sino que **ante todo, Él mismo la encarna y la personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia.** A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente ‘visible’ como Padre ‘rico en misericordia”⁸. Cristo ha mostrado en plenitud que el Padre es misericordioso sobre todo en la Cruz y en su gloriosa Resurrección. Él mismo ha derramado su misericordia sobre el mundo el día de Pentecostés, mediante la efusión del Espíritu divino, que en la Trinidad es la Persona amor. Así, pues, el misterio Pascual, el misterio de la Cruz es misterio de misericordia: La Cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre –de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos– llama su infeliz destino. Siguiendo las huellas de la Tradición del Antiguo Testamento y del mismo Cristo y los Apóstoles, la Iglesia debe dar testimonio de Dios rico en misericordia en toda su misión. Con palabras y obras, especialmente las llamadas obras de misericordia. “Estuve enfermo y me visitaron” (Mt. 25, 36)⁹.

El voluntariado, respuesta al mandato de Cristo...

*“Cristo nos enseñó que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a usar de misericordia con los demás: ‘Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia’ (Mt. 5, 7). Y nos señaló además los múltiples caminos de la misericordia que no sólo perdona los pecados, sino que sale al encuentro de **todas las necesidades de los hombres.** Jesús se inclinó sobre todas las miserias humanas tanto materiales como espirituales”*¹⁰

Hay un motivo más por el cual el discípulo de Cristo está llamado a **usar misericordia**: el mismo Señor y Maestro ha querido identificarse con los pobres y sufrientes: “Les aseguro

⁸ Ibid, 2.

⁹ Cfr. Ibid, 8.

¹⁰ Juan Pablo II, homilía de la canonización de la beata Faustina Kowalska, apóstol de Jesús misericordioso. 30. IV. 2000.

que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo”¹¹. “El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”¹².

...y participación en la misión misericordiosa de la Iglesia

La misión de la Iglesia es misión de misericordia divina y además de implorarla con insistencia mediante la oración, la Iglesia está llamada a **encarnarla**, prolongando de este modo el ministerio de su Señor, que pasó haciendo el bien: *“Porque Él en su vida terrena, pasa haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu y cura sus heridas con el aceite del consuelo y con el vino de la esperanza”¹³.*

En esta encarnación son ciertamente figuras inspiradoras el Buen Samaritano de la parábola lucana¹⁴ y el episodio de la visita de María a Isabel¹⁵.

Podría decirse que, entre ambos íconos, hay una cierta semejanza. Como el hombre justo de la parábola, María también *“se hizo prójimo”* de Isabel; fue capaz de salir al encuentro de un ser humano, que aunque no padecía un mal físico, se hallaba en necesidad. María, Madre de la Vida, **se detuvo, tuvo compasión y dio ayuda** (los tres movimientos del samaritano) a su prima anciana próxima a ser madre como ella. En la visitación, María ejerció la misericordia de la que fue portavoz en el Magníficat: *“su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”¹⁶*, y, por eso, en esta escena aparece también como Madre y Modelo de misericordia.

*“La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel **amor maternal** del que es necesario, estén animados todos aquellos que, en la*

¹¹ Mt. 25, 40.

¹² Gaudium et spes, 22.

¹³ Prefacio común VIII.

¹⁴ Lc. 10, 29-37.

¹⁵ Lc. 1, 39-45.

¹⁶ Lc. 1, 50.

misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres”¹⁷.

En nuestros días, una forma de “*encarnar*” la misericordia de la que venimos hablando es a través del ejercicio del voluntariado hospitalario, felizmente en gradual crecimiento en nuestra diócesis y en muchos otros lugares. Al cumplir fielmente su servicio, el voluntario se hace partícipe de la misión misericordiosa de la Iglesia. Con su acción, personal e institucional, hace presente el amor materno de la Iglesia.

El voluntariado debe actuar de modo eclesial

Para inspirarse en motivos que tienen su raíz en la Palabra de Dios y por tratarse de una iniciativa que brota de la comunidad cristiana, desde allí es “*enviado*” el voluntario. El voluntariado está llamado a actuar de **modo eclesial**, evitando toda forma de individualismo. “*El individualismo apostólico, más que una falta de docilidad o de error táctico, es un error doctrinal*”¹⁸.

En efecto, ¿Cómo es posible que se obre aisladamente si la Iglesia ha sido “*unificada por virtud y a imagen de la Trinidad*”?¹⁹ ¿No es una “*herejía práctica*”? Hay que obrar, entonces, en conjunto, en comunión, porque la Iglesia, ícono de la Santísima Trinidad, es también comunión.

Actuar de modo eclesial significa para el voluntario “*una doble convicción*”²⁰:

- ✓ El servicio se hace en **nombre de la Iglesia**, “*no es un acto individual ni aislado*”²¹.
- ✓ El servicio ha de hacerse **con unidad de criterios**, siguiendo las normas que la misma Iglesia va señalando, recordando que ningún voluntario es “*el dueño absoluto*” de su servicio caritativo.

¹⁷ Lumen Gentium, 65.

¹⁸ Pío XII, Discurso al Congreso de Obreros de Versalles, 1957.

¹⁹ Prefacio dominical VIII, Tiempo ordinario.

²⁰ Cfr. Evangelii Nuntiandi, 60.

²¹ Id.

De esta manera el voluntariado cristiano es una Buena Noticia para el mundo de la salud. Es un claro signo de vida que anuncia con sencillez, frente a todas las formas de deshumanización y de muerte que *“la Vida vencerá”*. Escribía, a propósito de esto, el Papa Juan Pablo II: *“Se daría, por tanto, una imagen unilateral, que podría conducir a un estéril desánimo, si junto con la denuncia no se presentan signos positivos que se dan en la situación actual de la humanidad”*.

“Entre esas iniciativas surgen y se difunden grupos de voluntarios dedicados a dar hospitalidad a quienes no tienen familia, se encuentran en condiciones de particular penuria o tienen necesidad de hallar un ambiente educativo que les ayude a superar comportamientos destructivos y a recuperar el sentido de la vida...”²².

En nuestra Diócesis es instrumento para este apostolado el **Voluntariado Diocesano “María Madre de la Vida”**, que tiene su origen en las parroquias, presta su servicio en los hospitales públicos, con espiritualidad profundamente diocesana. La clave para ayudar al enfermo es permitirle que viva su enfermedad como experiencia de gracia mediante la *“Relación de ayuda”*.

El voluntariado *“María, Madre de la Vida”* reconocida como Asociación Privada de Fieles, tiene como objetivo primordial a los enfermos más abandonados. Sin espíritu proselitista, las voluntarias hablan de Dios con la mirada, la escucha y los gestos, como dar de comer, higienizar, prestar oído y especialmente consolar.

La voluntaria es presentada por el párroco, y luego de tres meses de formación ingresa al hospital acompañada por otra voluntaria, y finalmente en su parroquia, hace una promesa de servicio al enfermo más abandonado durante un año, en su parroquia, promesa que renueva cada año en torno al día de San Camilo.

Este voluntariado ha cumplido 25 años de servicio en el año 2012 y fue reconocido diocesaneamente desde el año 2002.

²² Evang. Vitae, 26.

En estos últimos años han nacido otros servicios dentro del Voluntariado: el de “*María Madre*”, compuesto por madres que sirven a las parturientas más pobres y vulnerables, y “*Los Voluntarios de la Santa Cruz*”, compuesto por hombres que asisten a sus pares enfermos y solos. Este servicio lo hacen por la noche.

Esta tarea es –como dice el Papa– “*ir hacia la carne de Jesús que sufre*”²³, en la persona de los enfermos.



²³ L'Oss. Rom., Versión española, n° 20, pág. 5 del 17. V. 13

Medalla entregada a Mons. Roberto Juan González Raeta por su
participación en la XXVIIIª Conferencia Internacional del
Pontificio Consejo para los Agentes Sanitarios